

Conversión, contrición, Amor

La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. (Es Cristo que pasa, 64)

13/03/2014

Jesús les dijo: Os digo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión
(Del Evangelio de San Lucas, 5, 7)

¿Cuándo me voy a convertir?

Dios mío, ¿cuándo me voy a convertir?

Si has cometido un error, pequeño o grande, ¡vuelve corriendo a Dios! — Saborea las palabras del salmo: “cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies —el Señor jamás despreciará ni se desentenderá de un corazón contrito y humillado. *Forja*, 172

¡Ahora! Vuelve a tu vida noble ahora. —No te dejes engañar: "ahora" no es demasiado pronto... ni demasiado tarde. *Camino*, 254

«*Nunc coepi!*» —¡ahora comienzo!: es el grito del alma enamorada que, en

cada instante, tanto si ha sido fiel como si le ha faltado generosidad, renueva su deseo de servir —¡de amar!— con lealtad enteriza a nuestro Dios. *Surco*, 161

Todo lo espero de Ti, Jesús mío:
¡conviérteme! *Forja*, 170

Dios nos espera

El cristianismo no es camino cómodo: no basta estar en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber

descubierto lo que va mal, pedir perdón. *Es Cristo que pasa*, 57

La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega.

Dios nos espera, como el padre de la parábola, extendidos los brazos, aunque no lo merezcamos. No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta sólo que abramos el corazón, que tengamos añoranza del hogar de nuestro Padre, que nos maravillemos y nos alegremos ante el don que Dios nos hace de podernos llamar y de ser, a pesar de tanta falta de correspondencia por nuestra parte,

verdaderamente hijos suyos. Es
Cristo que pasa, 64

Di despacio, con ánimo sincero: nunc
coepi! —¡ahora comienzo! No te
desanimes si, desgraciadamente, no
ves en ti la mudanza, efecto de la
diestra del Señor...: desde la bajeza
tuya, puedes gritar: ¡ayúdame, Jesús
mío, porque quiero cumplir tu
Voluntad..., tu amabilísima Voluntad!
Forja, 398

La experiencia del pecado debe
conducirnos al dolor, a una decisión
más madura y más honda de ser
fieles, de identificarnos de veras con
Cristo. *Es Cristo que pasa*, 96

Dolor de amor, pues, y —en la
intimidad de ese dolor y de esa
humildad— nos atreveremos a decir
al Señor que hay también en nuestra
vida mucho amor. Que si fue real la
falta, real es el amor que Él mismo
pone en nosotros, que nos permite
servirle con toda la fuerza de

nuestros corazones. Decid
frecuentemente, como jaculatoria, el
acto de contrición de Pedro, después
de las negaciones: Domine, tu omnia
nosti; tu scis, quia amo te! (Jn
21,17)402.) *Carta 24-111-1931, 24*

Hay que aprender a ser hijo de Dios (...), de forma que cualquiera que sea
la especie del error que podamos
cometer, aun el más desagradable,
no vacilaremos nunca en reaccionar,
y en retornar a esa senda maestra de
la filiación divina que acaba en los
brazos abiertos y expectantes de
nuestro Padre Dios. *Amigos de Dios*,
148